

Alicia pensó que esto era una solemne tontería, y sin hacer caso fué al punto al encuentro de la reina. Pero cuál no sería su sorpresa al observar que a los pocos pasos desaparecía ante sus propios ojos y se encontraba una vez más ante la puerta de su casa. Retrocedió indignada, y luego de recorrer con la vista todos los alrededores en busca de la reina, a la cual descubrió por fin bastante lejos, pensó poner en práctica el plan de ir en sentido contrario al que la lógica aconsejaba.

El procedimiento salióle a maravilla, pues no había caminado ni un minuto, cuando se encontró cara a cara con la reina roja y perfectamente orientada; frente a sus ojos tenía la colina que tanto persiguiera.

—¿De dónde vienes? — inquirió la reina roja —. ¿Y adónde vas?... Levanta la vista, habla con finura y no juegues con los dedos.

Obedeció Alicia todas estas observaciones, y del mejor modo que pudo le hizo saber que estaba extraviada.

—No puedo comprender lo que entiendes por *tu* camino — replicó la reina —. Todos los caminos que hay por aquí son *míos*... ¿Pero cuál ha sido el motivo que te ha traído aquí? — siguió con tono más amable —. Baja la cabeza mientras piensas lo que vas a decir, ahora tiempo.

Extrañóse un poco Alicia de este procedimiento, pero la reina le causaba demasiado respeto y la obedeció.

—Cuando vaya a casa — pensó — lo voy a ensayar todas las veces que llegue un poco tarde a comer.

—Es hora de que contestes — dijo la reina consultando el reloj —. Cuando hables, abre la boca un poco más y di siempre «vuestra majestad» al nombrarme.

—Yo... majestad, sólo quería saber cómo era el jardín.

—¡Eso está muy bien! — convino la reina pasándole

la mano por la cabeza, lo que por cierto no le desagradó.

—Pero tú dices «jardín», y yo he visto tales jardines, que éste, a su lado, sería un desierto.

Alicia no quiso discutir sobre este punto y prosiguió:

—Y creí encontrar el camino que conduce a aquella colina...

—Tú dices «colina» — interrumpióle la reina —, y yo podría mostrarte tales colinas que, si las vieses, llamarías a esto valle.

—¡No, eso no! — replicóle Alicia, casi sorprendida de contradecir a la reina —. ¡Una colina *no puede* ser un valle; tú lo sabes bien! ¡Eso sería un disparate!

La reina movió la cabeza.

—Puedes llamarlo «disparate» si es tu gusto, pero yo he oído tales disparates, que éste, que a ti te lo parece, comparado con aquéllos, resulta tan razonable como un diccionario.

Alicia, temerosa de ofender a la reina cuyo tono había agriado un poquito, inclinó humildemente la cabeza y ambas caminaron en silencio hasta que llegaron a la cumbre de la colina. La niña durante unos momentos no pudo articular palabra contemplando el paisaje en todas direcciones... ¡Curioso paisaje, por cierto! Véanse gran número de estrechos arroyos que cruzaban de lado a lado, y los espacios estaban subdivididos en cuadrados por canteros de césped que iban de arroyo a arroyo.

—¡Parece un tablero de ajedrez! — exclamó al fin Alicia —. Ahí podrían moverse algunos hombres... — agregó con alegría, y su corazón empezó a latir con fuerza mientras hablaba — ¡Es una inmensa partida de ajedrez la que se juega... sobre todo el mundo... si es que esto es el mundo! ¡Oh, qué hermoso es! ¡Cómo me gustaría ser uno de ellos! ¡Aunque fuera un peón, con